

—¿Quiere V. ver algo más en Bruselas?

—¿Y qué quiere V. que vea, después de haber visto y oído á esa mujer admirable?

—¿Qué hacemos pues?

—Cuanto á mí, salgo para Spa, ¿y V.?

—¡Demontre! ¿yo? la sigo á V.

Un cuarto de hora después el tren nos conducía hacia la ciudad de los baños y del juego, á la cual no se me había ocurrido visitar durate los tres años que pasé en Bélgica.



III

Una vez en el tren, mi compañera respiró.

—¡Qué artista más admirable! me dijo ésta.

—Usted es tan grande como ella, mi querida Lilá, pues la comprende.

—Entre tanto heme enferma por ocho días.

—¡Y eso!

—No me queda nervio sano en todo el cuerpo, respondió dando un suspiro.

—¿Quiere V. que ensaye calmarla?

—¿Cómo?

—Magnetizándola. Estamos solos en el vagón, y tiene V. suficiente confianza en mí para dejarse adormecer por un instante, ¿no es eso? Cuando despierte V., si no curada del todo, á lo menos se hallará aliviada.

—Pruébelo V.; pero le prevengo que los magnetizadores se han estrellado siempre que han querido adormecerme.

—Porque V. ha resistido. Sométase V. voluntariamente, y verá que si no la adormezco completamente, á lo menos la amodorraré.

—No resistiré, se lo prometo.

—¿Qué siente V.?

—Gran calor en la cabeza.

—Pues la cabeza es lo que hay que calmar en primer término.

—Sí; pero ¿cómo va V. á componérselas?

—No me lo pregunte V.; no he estudiado el magnetismo como ciencia, lo he sentido instintivamente. Lo he practicado, para darme cuenta á mí mismo de su poder y de sus efectos, mientras estaba escribiendo *Balsamo*, y luego cuando me lo han rogado; pero nunca por gusto; me fatiga con exceso.

—Enhorabuena, á lo menos esto prueba que es V. hombre de buena fe; pero entonces el magnetismo está para V. fuera de lo material.

—Entendámonos; en mi concepto, parte del poder del magnetismo pertenece al mundo físico y, por consiguiente, material, y esta parte voy á ver si se la explico á V. filosóficamente. Cuando la naturaleza hubo creado al

hombre y á la mujer, no obstante ser muy previsora no tuvo la menor idea de las leyes que iban á regir la sociedad humana: antes de pensar en crear al hombre y á la mujer, había, como en las demás especies de animales, pensado en crear al macho y á la hembra. Lo principal para esa grande Isis de cien pechos, para la Cibele griega, para la Buena Diosa romana, era la reproducción de las especies. De ahí la lucha eterna de los instintos carnales contra las leyes sociales; de ahí la servidumbre que el hombre impone á la mujer y la atracción de ésta hacia el hombre. Pues bien, uno de los mil medios empleados por la naturaleza para alcanzar su fin, es el magnetismo. Los efluvios físicos son otras tantas corrientes que arrastran al débil hacia el fuerte; y esto es tan cierto, que creo que el magnetizador adquiere un influjo irresistible sobre el sujeto á quien magnetiza, no sólo cuando éste está dormido, sino también cuando está despierto.

—¿Y V. me lo confiesa?

—¿Por qué no?

—¡Pero en el instante en que V. se propone adormecerme!

—¿Soy para V. ó no soy un hombre honrado?

—Le creo á V. honrado, y la prueba está en mi conducta para con usted; porque ¿qué le impediría decir que yo soy su querida?

—¿Y qué saldría yo ganando con semejante mentira?

—¡Carambal ¿qué sé yo lo que les aprovecha á los fanfarrones?

—¡Cómo! querida Lilá, ¿y V. ha podido inferirme la injuria de creer que yo tuviese la pretensión de ser ó de pasar por tal?

—En mi tierra me habían dicho que era usted el hombre más vanidoso de Francia.

—Posible es; pero mi vanidad no ha tenido nunca por objetivo, ni en mis mocedades, eso que V. dice. En cierta posición de fortuna ó de celebridad, no queda tiempo para buscar, ni se tiene necesidad de mentir. He llevado del brazo á las mujeres más hermosas de París, Florencia, Roma, Nápoles, Madrid y Londres, y con frecuencia, no sólo las más hermosas, sino las más encumbradas, y nunca he proferido palabra alguna que pudiera dar á entender— así fuese modistilla, actriz, princesa ó reina la que se apoyaba en mi brazo—que por dicha mujer experimentase yo otro sentimiento que el respeto y el agradecimiento que he sentido siempre por la mujer que se colocaba bajo

mi protección si era débil, ó me tomaba bajo la suya si era poderosa.

—Es singular el modo cómo la sociedad labra la reputación de la gente, murmuró Lilá entre dientes y fijando en mí sus hermosos ojos.

Y seguidamente y sin transición, añadió:

—La cabeza me está ardiendo; adormézcame V.

Me levanté, la quité el sombrero y sopléla la cabeza, pasando después de cada aliento la mano por sus ojos, hasta que ella me dijo:

—Me siento mejor, la cabeza se me despeja.

Entonces me senté delante de mi compañera y apoyé sencillamente la mano en la parte superior de su frente, diciéndola á media voz, pero por modo imperativo:

—Ahora, duerma V.

Dos minutos después, Lilá dormía apaciblemente como un niño.

¡Es singular! ni mi compañera de viaje ni yo habíamos estado nunca en Spa; ninguno de los dos conocíamos el nombre de las estaciones, y sin embargo, al partir de la última, antes de llegar á la de término, aquélla empezó á agitarse y á desasosegarse y balbuceó algunas palabras ininteligibles.

Yo la toqué los labios con la punta del dedo y la dije:

—Hable V.

Entonces, y sin hacer esfuerzo alguno, Lilá dijo en voz clara:

—Llegamos; despiérteme V.

Hicelo así, y, efectivamente, cinco minutos después el silbido de la locomotora anunciaba que llegábamos á la estación.

Mi compañera se sentía mucho mejor.

Nos apeamos en la fonda de Orange, la más importante de la población; y como todavía duraba la temporada de baños, aquélla estaba casi llena del todo.

No quedaban sino dos cuartos que se comunicaban entre sí, con la única salvedad que la puerta de comunicación estaba obstruida á cada lado de ella por la cama. De una parte la tranquilidad del viajero quedaba asegurada por la cerradura, y de la otra por un cerrojo.

Excusado es decir que la puerta se abría del lado de la cerradura.

Hice notar á mi compañera la topografía del albergue, y luego mandé llamar á la dueña de la casa para que por su boca misma sosegase á aquélla, asegurándola que en tal contigüidad no había trampa alguna. Además dejé á su albedrío la elección de cuarto.

Lilá escogió el lado del cerrojo, rogándole únicamente que hiciese arrimar mi cama á la pared, en lugar de dejarla pegada á la puerta, lo que me apresuré á ejecutar.

Eran las diez de la noche; mi compañera de viaje tomó una taza de leche y se acostó, si con la cabeza tranquila y despejada, con algunos dolores de estómago.

Yo cené más suculentemente; luego saqué de mi saco de noche un tomo de Michelet (1), me acosté y me puse á leer las admirables páginas del gran filósofo.

Después de una hora de lectura y en el instante en que acababa de apagar la bujía, oí llamar suavemente á la puerta de comunicación.

Creí haberme engañado; pero al llamamiento siguieron estas dos palabras pronunciadas en voz queda:

—¿Duerme V.?

—Todavía no; y á lo que parece V. tampoco.

—Estoy padeciendo.

(1) El Editor de esta traducción ha publicado de este insigne filósofo, las siguientes obras: EL AMOR, —EL CURA, LA MUJER Y LA FAMILIA, —DE LOS JESUITAS, —BIBLIA DE LA HUMANIDAD, —EL PÁJARO, —LA BRUJA, Y LEYENDAS DEMOCRÁTICAS, las cuales, esmeradamente traducidas y lujosamente impresas, se venden al precio, cada una, de 4 reales en rústica y 6 reales encuadernadas en tela, para España y Ultramar.

En efecto, la señora Bulyowski hablaba con voz alterada.

—¿Qué tiene V.?

—Horrorosos calambres en el estómago.

—¡Válgame Dios!

—No se sobresalte V.: esto me sucede de vez en cuando; padezco, sí, pero no ofrece cuidado.

—¿Quiere V. que llame?

—Es inútil; ni el éter me produce ya efecto alguno.

—¿Y yo tengo más poder que el éter?

—Tal vez.

—Si V. no se explica...

—Ensaye V. adormecerme.

—¿Al través de la puerta?

—Sí.

—Dudo conseguirlo; voy á probar.

Me esforcé en hacer penetrar mi voluntad en el cuarto aquel del que me desterraba el pudor de la enferma; pero sólo obtuve un éxito mediano.

—¿Qué tal? la pregunté.

—Me voy adormeciendo, pero continúan los padecimientos.

—Para que cesase el dolor, sería preciso que pudiese yo tocarla el pecho como la he tocado la cabeza.

—¿Lo cree V. así?

—Como digo.

—Pues si quiere V. entrar, acabo de abrir el cerrojo.

Al instante me puse los pantalones, y, guiado por la luz que de la bujía pasaba al través de las hendeduras de la puerta, me encaminé hasta la llave, á la que di una vuelta, y después de haber hecho correr los pasadores de arriba y de abajo, abriéronse las dos hojas.

Mi primera mirada fué escrutadora; ¿estaba mi vecina representando una comedia, ó realmente sufría?

Lilá estaba pálida, tenía los labios verdaderamente crispados y los músculos del rostro le temblaban á impulsos de ligeros movimientos convulsivos.

La cogí la mano, y la hallé fría, húmeda y temblorosa; realmente mi compañera estaba sufriendo.

—¿No le admira á V., me preguntó la señora Bulyowski, que en vez de llamar á una camarera de la fonda y pedir un calmante, llame á V. y le prive de dormir?

—Al contrario, me parece lo más sencillo y natural.

—Voy á confesar á V. una cosa.

—¡Bah! ¿que me ama V., acaso?

—Ya sabe V. que le quiero, y mucho,

pero no se trata ahora de eso... Aguarde V., estoy sufriendo.

Realmente el rostro de la enferma adquirió tal expresión de dolor, que no había lugar á dudas.

Pasé el brazo por debajo de la cabeza de mi compañera y la levanté; ésta se envaró, estremeciéndose el cuerpo y quedó inmóvil.

—Ya ha pasado, dijo.

—¿Iba V. á decirme algo, á hacerme una confesión?

—Sí, iba á confesar á V. que mientras me estaba dormida en el vagón, mi sueño no sólo era tranquilo, sino de suavidad para mí desconocida hasta entonces. Adormézcame usted pues, se lo ruego; estoy segura que de esta suerte van á cesar mis dolores.

—¿Y no la da temor alguno el que yo la adormezca, encontrándose, como se encuentra V., en la cama y yo al lado de ella?

Lilá fijó en los míos sus magníficos azules ojos, en los que se reflejaba la más grande admiración, y me dijo:

—¿No me ha preguntado V. si yo le tenía por hombre honrado, y no le he respondido á V. afirmativamente?

—Es verdad, se me había olvidado.

—Pues entonces ensaye V. adormecerme,

pues en realidad padezco mucho, añadió llevando la mano á la frente.

—Pero ahora no siente V. el dolor en la cabeza, repuse, y para que éste cese al tiempo que venga el sueño, á mi ver es preciso que mi mano toque el sitio donde radica el mal.

Lilá me cogió la mano y la llevó á la altura de su estómago, pero dejando la sábana y la manta entre aquélla y su pecho.

Yo moví la cabeza y encogí suavemente los hombros.

—Pruebe V. de este modo, me dijo mi compañera.

—Está bien; míreme V. No dudo de que voy á adormecerla, pero sí de que la cure.

Lilá no contestó, y sin apartar de mí los ojos, continuó sujetándome la mano en el sitio donde la había puesto.

Poco después la enferma cerró los párpados, para abrirlos y cerrarlos otra vez y quedarse dormida.

—¿Duerme V.? la pregunté al cabo de un instante.

—Mal.

—¿Qué es menester para que duerma V. mejor?

—Apoye V. la mano en mi frente.

—¿Y los dolores de estómago?

—Ante todo adormézcame V., respondió soltándome la mano, que yo apoyé en su frente.

—¿Duerme V.? la pregunté de nuevo á los cinco minutos.

—Sí, me respondió.

—¿Bien?

—Bien; pero continuo sufriendo.

—¿Qué hay que hacer para que cese el dolor?

—Ponga V. la mano en mí con la intención de quitármelo.

—¿En qué sitio?

—En el hueco del estómago.

—Coloque V. misma mi mano donde cree que el dolor radica.

Entonces y sin vacilación alguna Lilá levantó la manta, me cogió la mano y la colocó sobre su camisa, abrochada al cuello como la de un niño, tan castamente como lo hubiera hecho una hermana.

Para estar más cómodamente me arrodillé y apoyé la cabeza en la cama.

Media hora después mi compañera de viaje respiró y me soltó la mano.

—¿Qué tal? la pregunté.

—Ya no sufro.

—¿Quiere V. que continúe á su lado?

—Algunos instantes más; y luego, trans-

curridos pocos minutos, añadió: Gracias; á no ser V. hubiera padecido atrocemente durante dos ó tres días. Ahora...

Mi compañera vaciló.

—¿Qué?

—Sea V. bondadoso para conmigo como yo he sido confiada para con V.

—Está bien; comprendo lo que quiere V. decir, la contesté sonriendo y retirando la mano, en tanto que ella con la suya me la oprimía suavemente. Luego añadí: ¿quiere usted que apague la bujía?

—Como V. guste.

—¿Y si reaparecen los dolores?

—No reaparecerán. Por otra parte, en el cajón de su mesa de noche hallará V. fósforos.

Soplé la bujía, busqué la frente de Lilá y apoyé en ella los labios.

—Buenas noches, me dijo ésta con la tranquilidad de una virgen.

Cerré de nuevo la puerta y me acosté por segunda vez.

Al día siguiente, al despertarme, Lilá, como la alondra que entona su himno al sol levante, estaba cantando.

—¿Qué tal, querida vecina, la pregunté, está V. restablecida del todo?

—Completamente.

—¿De veras?

—Puede V. cercerlo.

Tan era así, que pudimos aceptar una espléndida comida que nos dió el mismo día el inspector general de montes, y salir por la tarde para Aquisgram.

Olvidábaseme decir que durante el día y á instancias de mi compañera de viaje, convinimos ambos en que yo llegaría hasta Mannheim.



IV

Hoy se va de Spa á Colonia en ferrocarril; en otro tiempo, es decir, veinte años atrás, los trenes llegaban hasta Lieja, y el resto del camino se hacía en diligencia.

La administración de éstas era prusiana, y por consiguiente estaba sometida á la rigidez que ha pasado á ser proverbial en el reino de Federico el Grande.

Los billetes de pasaje estaban impresos en alemán y en francés, y una de las cláusulas de dichos billetes, que asignaban su número á cada pasajero, era la siguiente:

«Se prohíbe á los pasajeros cambiar de sitio con sus vecinos, aun por consentimiento mutuo.»

Antes no cabía sino detenerse en Lieja; hoy se recorre de un tirón el trayecto.

Es para mí motivo de satisfacción el que se haya suprimido la parada de Lieja, pues hace ya bastantes años que estoy en pugna con la buena ciudad valona; la cual no me ha perdonado todavía el que en mis *Impresiones de viaje* haya dicho que en ella creí perecer de hambre. Además, hanme dado como cosa segura que el dueño de la fonda de Albión, donde estuve á pique que me sucediera esta desgracia, me había buscado por toda Europa para pedirme satisfacción de semejantes palabras. Por fortuna me encontraba yo en aquel entonces en África, donde, lo confieso, comía todavía peor que en su fonda.

Respecto á la suerte que el fondista me reservaba, me habría sido tanto más difícil escapar de ella, cuanto durante el curso de su persecución había reclutado otro enemigo mío, el maestro de postas de Martigny, el mismo que en 1832 me sirviera aquel famoso *bifteck* de oso que ha dado la vuelta al mundo, y que, cual la serpiente marina, nos ha vuelto por conducto de los periódicos americanos.

Por lo que reza á dichos dos venerables industriales, hago aquí mi confesión. Si el uno, el dueño de la fonda de Albión, tenía razón en llevarme ojeriza, al otro, al maestro

de postas, no le asistía motivo de mostrármese desagradecido.

Un posadero francés habría pagado á peso de oro un reclamo de tan maravilloso éxito, y hubiera labrado una fortuna colocando la siguiente rotulata encima de la puerta de su casa: *Al bifteck de oso*.

Por lo demás, tal vez se haya hecho rico sin echar mano de este recurso.

Después de 1832 he pasado en posta por Martigny, y el mencionado individuo, que, dicho sea de paso, no me conoció, se apresuró á cambiar el tiro de mi coche; estaba sanote y gordo como hombre exento de odios y remordimientos.

¡Válgame Dios! ¿qué hubiera ocurrido á conocerme?...

Como decía, llegamos á Colonia á cosa de las seis de la mañana de esplendoroso día, y nos fuimos apresuradamente á la agencia de vapores para tomar pasaje. El buque no partía hasta las ocho: de consiguiente podíamos disponer de dos horas.

—¿Quiere usted descansar un rato ó tomar un baño? pregunté á mi compañera de viaje.

—Tomaré un baño.

—Allá la conduzco.

—¿Ya sabe V. dónde están?

—Siempre sé dónde se encuentran los baños de las ciudades que he visitado.

Una vez en el establecimiento á do nos encaminamos, y al hacer á Lilá esta pregunta: «¿Toma V. un cuarto ó dos?» sublevóse algo su pudor; pero yo me apresuré á responder: «Dos».

Condujéronnos á dos cuartos de baño tan contiguos como lo estaban nuestros aposentos de Spa.

Habíamos mandado llevar nuestros equipajes—reducidos, por lo que se refiere á Lilá, á una maleta, y por lo que á mi toca á un saco de noche—al vapor de Maguncia, por lo que, al salir del baño, no tuvimos que hacer sino tomar el camino de aquéllos.

Desde nuestra entrada en Prusia, mi compañera de viaje, que sintiera crecer su importancia, se había convertido en mi intérprete y tomado á su cargo las discusiones monetarias.

El viaje por el Rhin es, por lo demás, uno de los menos costosos del mundo; por cuatro ó cinco talers, si mal no recuerdo, ó si decimos, por una veintena de francos, puede remontarse el río, ilustrado por Boileau y cantado por Kœrner, desde Colonia hasta Maguncia, y, por igual precio, descenderlo desde Maguncia hasta Colonia.

No queda sino el asunto culinario: los alimentos están baratos, pero son execrables; los vinos, caros... y malos.

A mi parecer, la reputación de que se ha rodeado á los acedos vinos del Rhin, sazonados á la sombra de los guijarros, es usurpada. El *liebfraumilch* y el *braunberger*—la *leche de la Virgen* y el *zumo de la montaña negra*—no son sino pasaderos. Cuanto al *johannisberg*, voy á soltar una paradoja respecto de él, y es que para mí no existe vino bueno cuando cuesta á veinticinco francos la botella.

A partir de Colonia, aunque la lista sea franco-alemana, la cocina es prusiana del todo. Os imagináis comer un plato agrio, y os le dan dulce; pedís algo que esté azucarado, y os sirven un manjar sazonado con pimienta; mojáis el pan en una salsa que la tomáis por de estofado, y coméis mermelada.

La primera vez que en Alemania pedí ensalada, la devolví al camarero, diciéndole que por lo llena de agua que estaba se conocía que se habían olvidado de sacudirla.

El camarero tomó la fuente, la ladeó y me miró con extrañeza.

—¿Qué mira V.? repuse.

—Que lo que V. ha tomado por agua no es tal, sino vinagre, respondió.

Temí que la dichosa ensalada iba á relajarme el paladar: á nada absolutamente sabía.

En todos los pueblos del mundo echan vinagre en la ensalada; en Alemania echan ésta en el vinagre.

En Alemania, la cocina participa grandemente de las costumbres de sus habitantes, los cuales echan azúcar en el vinagre y melifican el odio.

Pero en el café sí que no sé qué echan.

Tomad todo cuanto queráis á bordo de un vapor del Rin, agua de Seltz, de Spa, de Hamburgo, de Baden y aun de Sedlitz, pero nunca jamás café con leche si sois franceses.

No quiero decir con esto que en Francia se tome buen café con leche; sólo quiero sentar que fuera de Francia, y en primer término en Alemania, se toma un café detestable.

Esto empieza en Quievrain, y va sin interrupción en aumento hasta Viena.

El que me lea no creería que el problema, al parecer tan sencillo, de porqué generalmente en Francia se toma café malo, tiene una solución política.

Política he dicho, sí, señor, y no me retracto.

En Francia se ha saboreado buen café desde que lo inventaron hasta el sistema continental, esto es, desde 1600 hasta 1809.

En esta última fecha, el azúcar costaba ocho francos la libra, y el café diez; lo que nos trajo el azúcar de remolachas y la achicoria.

Demos de barato lo de la remolacha, pues siendo, como soy, cazador, no siento, cuando los trigos, la avena, el trébol y la alfalfa están segados, hallar dos ó tres fanegadas de ellas, donde corro riesgo de torcerme el pie á cada paso, pero donde se recogen las perdices y las liebres.

Por otra parte, la remolacha cocida al rescoldo,—fijense ustedes en esto, no al horno,—confitada por espacio de veinticuatro horas en vinagre de buena calidad,—no alemán,—no es un entreplato malo.

¡Pero la achicoria! ¿A qué dioses infernales la consagrarán?

Un adulator del Imperio ha dicho: *La achicoria es refrigerante.*

Parece increíble lo que pueden obligarse á hacer al pueblo francés con la palabra *refrigerante.*

No falta quien ha soltado que Francia era el pueblo más vivo de la tierra, cuando debiera haber dicho el más calentado.

Las cocineras se han agarrado á la palabra *refrigerante*, y, abroqueladas con ella, cada mañana envenenan á sus amos mez-

clando con el café una tercera parte de achicoria.

Todo, absolutamente todo lo conseguirán ustedes de su cocinera: que no prodigue la sal, que añada pimienta á los manjares, que se contente del sueldo por franco que le proporcionan el tablajero, el especiero, el frutero, etc.; pero no lograrán que no eche achicoria en el café.

La cocinera más mentirosa es desvergonzada cuando de la achicoria se trata; confiesa que la usa, hace alarde de ello.

—Esto le hará entrar á V. en calor, dice á su amo; en bien de V. la mezclo con el café.

Si la despedís, se sale de vuestra casa con la cabeza erguida é insultándoos con la mirada.

¡Es mártir de la achicoria!

Estoy íntimamente persuadido de que existe una sociedad secreta entre las cocineras; una caja de socorros para las achicoreadoras.

Así, pues, los especieros, cuando han visto semejante, se han aplicado la máxima: *Audite et intelligite.*

Y ellos han comprendido, y eso que no tienen buenas entendederas.

En otro tiempo dichos señores, movidos por un resto de vergüenza, vendían la achi-

coria por separado; pero en la actualidad venden café con achicoria, como se expende chocolate con vainilla.

Eso lo sabéis vosotros, aficionados al café, que tomáis vuestro moka puro sin mezcla de martinica ni de borbón; vosotros, que mandáis comprar el café en grano.

«Lo tostaré yo mismo, os decís; lo molere por mi propia mano, lo cerraré bajo llave, y ésta la llevaré siempre en el bolsillo. Tengo una máquina de alcohol para hacer el café, y lo haré sobre la mesa en que como, con lo que voy á librarme de la achicoria.»

¡Infeliz! ¡Está V. envenenado con ella!

Los especieros han inventado un molde para hacer granos de café, al igual que los armeros lo inventaron para fabricar balas, de lo cual resulta que el café que con nuestras propias manos tostamos, molemos y encerramos, contiene una tercera parte de achicoria.

¡Y cómo se han aferrado al vicio de la maldita hortaliza los especieros!

Ahí lo que dije á mi compañera de viaje cuando la oí pedir, en alemán, café con leche; pero ¿saben ustedes qué respondió á mi diatriba? Pues me respondió que como la achicoria era buena para la sangre, no la aborrecía.

Véase cómo la teoría, no sólo anticulnaria, sí que también diré antiartística, de que «la achicoria es refrigerante», ha penetrado en Alemania, hasta en Hungría.

Como sentía cierta repugnancia al ver los labios de mi compañera de viaje, frescos como dos hojas de rosa, y sus dientes, blancos como perlas, en contacto con el asqueroso brevaje, me separé de ella y fui á pasearme por la proa.

En un azulado lejos empezaba á dibujarse el azur más subido de las grandes colinas que bordan el Rhin, las cuales, estrechándose, forman el tan pintoresco paso del Loreley.

Cuando juzgué que la señora Bulyowski se había bebido su taza de café con leche, volví á su lado, y la hallé que estaba conversando muy animadamente con una hermosa mujer de veintitrés á veinticuatro años, rubia, gruesa, de apacible semblante y de talle flexible.

Al acercarme á las dos interlocutoras, parecióme no sólo notar que se ocupaban en mí, sino aun adivinar el tema de su conversación. Al vernos llegar juntos á Lilá y á mí, á bordo, la hermosa vienesa—que de Viena era hija la rubia dama—preguntó á mi compañera qué clase de parentesco nos unía. Lilá respondió la verdad, esto es, que éramos pura y sencillamente amigos; á lo que su interlocu-

tora, como era natural, no quiso dar crédito alguno.

Acerqueme, y en la forma respetuosa con que hablé á la señora Bulyowski, su compatriota pudo ver que ésta le había dicho la verdad.

La conversación se generalizó. Lilá me presentó en calidad de amigo á la hermosa viajera, y luego hizo otro tanto con ésta respecto de mí, presentándomela como admiradora apasionada de la literatura francesa,—lo que me permitía tomar mi parte de la admiración repartida entre mis compañeros de clase.

Ignoro el nombre de la hermosa vienesa,—que dicho sea de paso hablaba el francés como una parisiense,—y por consiguiente el retrato que de ella he trazado no puede comprometerla; pero me es dado creer que de haber hecho los dos el viaje que con Lilá estábamos efectuando, después de cuatro días y otras tantas noches hubiera mentido al presentarme como amigo.

Interin, el sol iba subiendo sobre el horizonte.

—¿Dónde ha metido V. mi sombrilla? me preguntó mi compañera de viaje.

—Abajo, en la cámara, con mi saco de noche.

Al levantarme, Lilá me tendió la mano con la hechicera gracia que constituía el mérito principal de la señorita Mars, y me dijo:

—Dispéñseme V. la molestia.

Yo hice un movimiento como para besarla la mano.

—Aguarde V., añadió la señora Bulyowski quitándose el guante.

Besé la mano que mi compañera de viaje me tendía y me fuí á buscar la sombrilla, aunque no sin volver el rostro al poner el pie en el primer peldaño de la escalera que conducía á la cámara, con lo que pude notar como la joven vienesa cogía rápidamente la mano á Lilá y dirigía á ésta, al parecer, un ruego.

—Vaya V., vaya V., me dijo la señora Bulyowski.

Bajéme á la cámara, y cinco minutos después me subía de nuevo sobre cubierta trayendo conmigo la sombrilla.

Lilá estaba sola.

—¿Qué la decía á V. la hermosa dama que há poco se encontraba aquí? pregunté á mi compañera.

—¿Cuándo?

—En el instante que he vuelto la cabeza.

—¡Ah curiosillo!

—Dígame V., se lo ruego.

—Que no, ca; tiene V. ya bastante vanidad para que se lo diga.

—Pues me iré á preguntárselo á ella misma.

—No haga V. semejante.

—Pues diga V.

—¿Quiere V. saber lo qué me pedía la vienesa?

—Sí quiero.

—Pues bien, me pedía que la dejase besar mi mano en el sitio mismo en que V. lo había hecho.

—Y como es natural, V. ha consentido.

—¿Qué duda cabe?... Es alemán el capricho, ¿no es verdad?

—Sí, pero yo daría mucho para que fuese francés.

—¿Acaso una de las reinas que se han sentado en el trono de Francia no besó la boca misma de un poeta mientras éste estaba durmiendo?

—Pero aquella reina era escocesa, y murió envenenada por su marido, diciendo: «¡Malhaya la vida, no siento perderla...!» Cierto es también que dicha reina era la esposa de Luis oncenno.

V

Apenas la hermosa vienesa me viera acercarme á la señora Bulyowski, cuando acudió presurosa á sentarse al lado de ésta, sin preocuparse con lo que mi amiga acababa de contarme.

Lo que de admirable tienen las alemanas, es que no esconden su entusiasmo, y su boca no está en contradicción con su corazón ni con sus ojos: dicen natural, neta y francamente lo que piensan.

En mi concepto no existe impresión á la vez más suave y halagadora que la de oírse ensalzar ingenuamente por la boca de una mujer hermosa, nacida á quinientas leguas de nosotros, de lenguaje distinto del nuestro, ante quien nos coloca el acaso, que no debía

conocernos nunca y que se felicita con alegría de haberlo conseguido. Cuando comparamos los acariciadores efluvios del corazón y de los ojos que encontramos tan pronto hemos traspuesto la frontera, con la fría disección del talento, con la eterna negación del numen, á las cuales nos acostumbran nuestras publicaciones diarias, semanales ó mensuales, se nos ocurre preguntar porqué en nuestra patria y entre nuestros compatriotas hallamos siempre ese desencanto, que conduciría derechamente al abatimiento si de vez en cuando no fuéramos á rehacernos el corazón en extraña tierra. Anteo hallaba nuevas fuerzas al tocar el suelo africano. Yo no soy Anteo, pero sé que pierdo las mías cada vez que pongo los pies en Francia.

Por lo demás, me aguardaba otra sorpresa de igual índole que la primera: al par que nosotros, se había embarcado un grupo compuesto de dos hombres de treinta á treinta y cinco años, dos mujeres de veinticinco á treinta y un niño de siete á ocho, todos ellos al parecer hijos de país más cercano que no el nuestro al sol de los trópicos; el niño sobre todo, con sus largos y negros cabellos, su cutis mate y sus encendidos ojos, era tipo viviente de la América meridional.

Una de las dos mujeres había dicho, á

poco de haberse puesto en movimiento el vapor, algunas palabras en voz baja al oído del niño, desde cuyo punto éste no cesó de mirarme con infantil curiosidad.

Como el grupo de que el mencionado niño formaba parte estaba frontero del que componíamos nosotros, y sólo nos separaba la distancia que existe entre el banco apoyado en el tragaluz de la cámara al banco arriado al filarete, reuní todos los ápices de mi ciencia filológica para decirle en español:

—Hijo mío, ¿quiere V. preguntar en mi nombre á su señora madre si me permite abrazarle?

Con grande admiración mía, una de las dos mujeres dijo entonces en francés correcto:

—Alejandro, vaya V. á dar un abrazo á su padrino.

El niño, animado con esta autorización, se abalanzó á mis brazos.

—¡Vaya! esto sí que es estupendo, dije. Que á don Juan, que de una á otra orilla del Manzanares pedía candela á Satanás, éste le hubiese respondido alargando el brazo por encima del río y en el fuego del cigarro que iba unido al brazo aquél hubiese encendido el suyo, está bien; pero que yo, sin sospecharlo siquiera, haya alargado las manos para sacar de pila un niño en Río Janeiro ó

en Buenos Aires, nunca hubiera podido imaginarlo.

—Realmente el caso no ocurrió punto por punto como he dicho, respondió la extranjera.

—¿Corro riesgo de pasar por indiscreto si insisto? pregunté.

—De ningún modo, me respondió la americana. Nosotras no somos de Buenos Aires, ni de Río Janeiro, sino de Montevideo. Cuando derrotado Rosas y restablecida la paz pudimos respirar, nuestro deseo, para colocarnos á la altura de la civilización, fué tomar por norma las principales ciudades europeas en la creación de sus establecimientos más útiles ó filantrópicos. El primero, ó á lo menos uno de los primeros que allá se erigieron, fué un hospicio de expósitos. Pues bien, el niño que está V. viendo es quien estrenó el mencionado instituto; y como el nombre de V. es tan popular en Montevideo, se lo impusieron al muchacho para que atrajese al hospicio toda suerte de felicidades. Nosotros no teníamos hijos y resolvimos adoptar un expósito, recayendo la elección en éste á causa del nombre que llevaba.

Yo, que tenía abrazado al hermoso niño, le estreché contra el pecho, orgulloso de haber ejercido, de un cabo del mundo al otro, tan venturoso influjo sobre él.

De mis brazos pasó el americanito á los de mis dos compañeras de viaje; luego, no sé cómo, las manos del niño, la de Lilá, la de la dama vienesa y la mía se encontraron enlazadas, y permanecieron de esta suerte casi por espacio de media hora, hablándose por medio de esos estremecimientos simpáticos que rayan en el éxtasis.

Aquella media hora no fué tal vez la más dichosa de mi vida, pero sí la más grata.

De improviso el niño se sonrió, dióme un beso y echó á correr hacia su familia adoptiva, como pajarillo que levanta el vuelo en demanda de su nido.

Entonces aparté la mano tan suavemente cogida, seguí al niño y me fuí á pedir á las americanas noticias de dos sujetos conocidos míos que residían en Montevideo.

El primero de quien me informé es un francés, joven armero de Senlis, á quien tuve ocasión de prestar ayuda cuando determinó establecerse en París. Su negocio iba en auge, cuando estalló la revolución de 1848, la cual no sólo derribó el trono, sino que llevó la turbación á sin fin de familias.

Yo había recomendado el mencionado individuo al general Pacheco y Obés, cuando éste estuvo en París para desempeñar una comisión diplomática, y el general le había

mandado á Montevideo y héchole nombrar armero del gobierno, en el desempeño de cuyo cargo estaba en vías de labrarse una fortuna.

Más adelante y en uno de los viajes que ha hecho á Francia, ha venido á mi casa para devolverme algunos billetes de á mil francos que me estaba debiendo, y regalarme, en calidad de intereses, una magnífica piel de oso.

Esto me condujo á hablar de otro compatriota mío á quien recomendara yo también al indicado general: me refiero al conde de Horbourg, hijo de un ayudante de campo de mi padre.

Un día, mientras estaba cazando con éste por el delta del Nilo, el conde de Horbourg, padre del que voy hablando, pisó la cola de uno de esos pequeños boas á que apellidan pitones. La serpiente se irguió y se preparó para clavar sus mortíferos dientes; pero mi padre, más ligero que el reptil, apuntó su escopeta á la cabeza de éste y lo mató sin que un solo perdigón hiriese á su ayudante.

El conde de Horbourg mandó labrar un cinturón de sable con el pellejo de aquel boa, y al morir me lo legó en recuerdo de mi padre. Su hijo, completamente enlutado, fué quien me lo trajo. Entonces le conocí. Había

éste servido en África y no carecía de instrucción; pero tenía la salud y la inteligencia estragadas por el ajenjo. Si se necesitaba de él físicamente, la fiebre le devoraba, si intelectualmente, estaba borracho.

A éste no le había yo recomendado al general, sino el general quien lo solicitara de mí para convertirlo, como lo hizo, en oficial instructor.

Horbourg había muerto ejerciendo su cargo, y por cierto desastradamente.

Estaba un día haciendo maniobrar á un regimiento en medio de las altas hierbas, cuando se le escapó de la mano su sable, para coger el cual y con la agitación febril que no le dejaba nunca, echó pie á tierra. El sable había quedado derecho, con la punta al aire y el puño contra el suelo, de modo que con el movimiento que hizo aquél al apearse, se atravesó la hoja por mitad del cuerpo, de cuyas resultas pereció dos horas después.

Cuanto á Pacheco y Obés, el hombre más notable de todas las revoluciones montevidéanas, también había muerto, malamente como Escipión. Pobre como Cincinato, había manejado millones al igual que Lamartine; tan sólo que era uno de esos poetas manirroto entre cuyos dedos se escapan los millones.

Llegado á París con una comisión de confianza, había sido objeto de burla por parte de la prensa adocenada, burla que llegó hasta la ofensa. Pacheco exigió y no obtuvo satisfacción, por lo que acudió á la policía correccional, ante la que, y á pesar de hablar bastante mal el francés, quiso hacer su propia defensa. Delante de los jueces, el general tuvo uno de esos arranques de elocuencia propios de los corazones elevados, como los tenían los generales Foy y Lamarque y los tuvo Fitz-James.

Una de las cosas sobre las cuales se habían cebado más sus detractores, era la pequenez de su república, la infimidad de su causa.

—La grandeza de la devoción, respondió Pacheco, no se mide por la magnitud de aquello que defendemos. Si me cabe la ventura de derramar toda mi sangre por la libertad de Montevideo, habré hecho tanto cuanto Héctor, que dió la suya en pro de Troya.

Aquel gran corazón se había extinguido, aquel gran defensor de una causa ínfima había muerto, y muerto tan pobre, que el joven armero de quien he hablado y al cual recomendara yo á Pacheco en tiempo de su poder, fué quien pagó todos los gastos de éste durante los últimos días de su existen-

cia y sufragó los que ocasionaron su entierro y funerales.

Tristes eran estas nuevas. ¡Ay! llega una edad de la vida en que al pasear la mirada en torno nuestro sólo vemos puntos negros en todas partes, puntos que no son sino manchas de duelo. Dicen los médicos que este fenómeno lo produce la fatiga de los ojos, que es la retina que se inyecta, la gota serena que amenaza los tejidos de la pupila; y á eso le llaman ellos *las moscas voladoras*; moscas voladoras que cuando cesamos de verlas es porque á nuestra vez nos hemos muerto.

Después de haber buscado inútilmente á mis dos compañeras en el sitio donde las dejara, las vi sentadas á una mesa sobre la cual había papel, tinta y plumas.

Al punto comprendí á qué tiraban: me habían condenado al tormento del autógrafo; tormento ordinario que, como era natural, llegó á lo extraordinario.

Como tan pronto hube puesto los pies en el buque supieron quién era yo, no bien cogí la pluma los pasajeros formaron cola.

Por desgracia á bordo había algunos ingleses, y sobre todo inglesas, y ya es sabido que si los primeros son indiscretos en tratándose de autógrafos, las segundas son insaciables.

Por otra parte, la tertulia que hice en medio de una docena de inglesas de todas edades, desde doce años hasta sesenta, me condujo á un gran descubrimiento filológico y fisiológico. Noté que la deformación de la boca, tan común en las inglesas viejas, no se operaba hasta cierta edad, y que todos los ingleses de uno y otro sexo, cuando jóvenes tienen, por regla general, la boca preciosa.

¿Qué puede, pues, haber contrahecho este órgano á los viejos y á las viejas ingleses, hasta el extremo de convertirlo en hocico en los unos y en trompa en las otras?

La *th*.

—¡Cómo! exclamarán ustedes: ¿la *th*?

La *th*, sí.

Pregunten ustedes á su profesor de inglés de qué modo se llega á producir el silbido necesario para pronunciar la *th* para que suene *thz*, y les responderá:

—Aprieten ustedes con fuerza la lengua contra las mandíbulas superior é inferior á la vez, y al mismo tiempo pronuncien la *th*.

Pues bien, de puro pronunciar la *th*, que se halla á cada segundo en el vocabulario inglés, á fuerza de empujar las mandíbulas para pronunciar la maldita *th*, el cuerpo blando—la lengua—acaba por vencer al cuerpo

duro—los dientes—de modo que interin llega el día en que la barricada se cae por completo, se inclina á impulsos de la no interrumpida presión.

Si mis queridos lectores ó mis hermosas lectoras conocen otra solución al problema de porqué los ingleses, varones y hembras, á la edad de veinte años tienen casi todos ellos la boca deliciosa y de cincuenta á sesenta horrible, dénmela, y yo en cambio les regalaré un autógrafo.